

La ilusión del metacontrol imperial del caos^α

La mutación del sistema de intervención militar de los Estados Unidos

JORGE BEINSTEIN *

FECHA DE RECEPCIÓN: 12/10/2012; **FECHA DE APROBACIÓN:** 01/03/2013

RESUMEN: Este ensayo periodiza la compleja relación entre la economía y el sistema militar de EU contrastando lo que se conoce como “keynesianismo militar” o “economía de guerra permanente” con una fase ulterior poskeynesiana. Mientras la fase del keynesianismo militar es caracterizada como una etapa en la cual el crecimiento de la economía militar funciona como una fuerza de arrastre propulsora del nivel de empleo y la prosperidad general; la fase poskeynesiana se escudriña mostrando, desde fines de la década de los noventa, el ascenso de los gastos de orden militar ya no produce el mismo impacto, de suerte que, deriva en déficit fiscal y endeudamiento sin contribuir de ningún modo el aumento neto del nivel de empleo en EU.

PALABRAS CLAVE:

- keynesianismo militar
- poskeynesianismo
- economía de guerra permanente
- lumpen-imperialismo
- metacontrol
- caos

The illusion of imperial metacontrol of chaos

Mutation of the system of U.S. military intervention

ABSTRACT: This essay periodizes the complex relationship between the economy and the U.S. military system, contrasting what is known as “military Keynesianism” or “permanent war economy” with a ulterior phase of post-Keynesianism. While the phase of military Keynesianism is characterized as a stage in which the growth of the military economy works as a force to propelling the level of employment and general prosperity; postkeynesian phase is scrutinized showing how, since the end of the decade of the nineties, the rise of military spending does not produce the same impact, so that leads to fiscal deficit and debt without contributing in any way the net increase in employment levels in the U.S..

KEYWORDS:

- military Keynesianism
- Post Keynesianism
- permanent war economy
- lumpen-imperialism
- meta-control
- chaos

^α Conferencia dictada en el Seminario Internacional “Nuestra América y Estados Unidos: desafíos del Siglo XXI”, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central del Ecuador, Quito, 30 y 31 de Enero de 2013.

* Doctor de Estado en Ciencias Económicas (Universidad de Franche Comté - Besançon, Francia), Profesor Emérito de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), Director del CIIEP (Centro Internacional de Información Estratégica y Prospectiva) de la misma universidad, Profesor Titular del Doctorado en Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Matanza (Argentina), Profesor Titular de la Universidad de Buenos Aires.

Las Ilusiones desesperadas generan vida en tus venas.
St. Vulestry.

La gente cree que las soluciones provienen de su capacidad de estudiar sensatamente la realidad discernible. En realidad, el mundo ya no funciona así. Ahora somos un imperio y, cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras tú estás estudiando esa realidad, actuaremos de nuevo, creando otras realidades que también puedes estudiar. Somos los actores de la historia, y a vosotros, todos vosotros, sólo os queda estudiar lo que hacemos.

Karl Rove, asesor de George W. Bush, verano de 2002.¹

Guerra y economía

Conceptos tales como “keynesianismo militar” o “economía de la guerra permanente” constituyen buenos disparadores para entender el largo ciclo de prosperidad imperial de EU: su despegue, hace algo más de siete décadas, su auge y el reciente ingreso a su etapa de agotamiento abriendo un proceso militarista-decadente actualmente en curso.

En 1942, Michal Kalecki exponía el esquema básico de lo que posteriormente fue conocido como “keynesianismo militar”. Apoyándose en la experiencia de la economía militarizada de la Alemania nazi, el autor señalaba las resistencias de las burguesías de Europa y EU a la aplicación de políticas estatales de pleno empleo basadas en incentivos directos al sector civil y su predisposición a favorecerlas cuando se orientaban hacia las actividades militares.² Más adelante Kalecki, ya en plena Guerra fría, describía las características decisivas de lo que calificaba como triángulo hegemónico del capitalismo estadounidense que combinaba la prosperidad interna con el militarismo descrito como convergencia entre gastos militares, manipulación mediática de la población y altos niveles de empleo.³

¹ Ron Suskind, “Without a doubt: faith, certainty and the presidency of George W. Bush”, en *The New York Times*, 17-10-04.

² Su exposición desarrollada en la Marshall Society (Cambridge) en la primavera de 1942 fue publicada el año siguiente. Michal Kalecki, “Political Aspects of Full Unemployment”, en *Political Quarterly*, V 14, oct.-dec. 1943.

³ Michal Kalecki, “The Last Phase in the transformation of Capitalism”, en *Monthly Review Press*, Nueva York, 1972.

⁴ Paul Sweezy & Paul Baran, “Monopoly Capital”, en *Monthly Review Press*, Nueva York, 1966.

⁵ B. Scoot MacDonald, “Globalization and the End of the Guns and Butter Economy”, en *KWR Special Report*, 2007.

Esta línea de reflexión, a la que se adhirieron entre otros Harry Magdoff, Paul Baran y Paul Sweezy, planteaba tanto el éxito a corto-mediano plazo de la estrategia de “Manteca + Cañones” (“*Guns and Butter Economy*”) que fortalecía al mismo tiempo la cohesión social interna de EU y su presencia militar global, como sus límites e inevitable agotamiento a largo plazo.

Sweezy y Baran pronosticaban (acertadamente) hacia mediados de los años 1960 que uno de los límites decisivos de la reproducción del sistema provenía de la propia dinámica tecnológica del keynesianismo militar, pues la sofisticación técnica creciente del armamento tendía inevitablemente a aumentar la productividad del trabajo reduciendo sus efectos positivos sobre el empleo y finalmente la cada vez más costosa carrera armamentista tendría efectos nulos o incluso negativos sobre el nivel general de ocupación.⁴

Es lo que se hizo evidente desde fines de los años 1990, cuando se inició una nueva etapa de gastos militares ascendentes que continúa en la actualidad, marcando el fin de la era del keynesianismo militar. Ahora, el desarrollo en EU de la industria de armas y sus áreas asociadas incrementa el gasto público causando déficit fiscal y endeudamiento, sin contribuir a aumentar en términos netos el nivel general de empleo. En realidad, su peso financiero y su radicalización tecnológica contribuyen de manera decisiva a mantener altos niveles de desocupación y un crecimiento económico nacional anémico o negativo transformándose así en un catalizador que acelera y profundiza la crisis del Imperio.⁵

Por otra parte, los primeros textos referidos a la llamada “economía de la guerra permanente” aparecieron en EU a comienzos de los años 1940. Se trataba de una visión simplificadora que, por lo general, subestimaba los ritmos y atajos concretos de la historia, pero que hoy resulta sumamente útil para comprender el desarrollo del militarismo en el muy largo plazo.

Hacia 1944 Walter Oakes definía una nueva fase del capitalismo donde los gastos militares ocupaban una posición central; no se trataba de un hecho coyuntural impuesto por la Segunda Guerra Mundial en curso, sino de una transformación cualitativa integral del sistema cuya reproducción ampliada universal durante más de un siglo había terminado por generar masas de excedentes de capital que no encontraban en las potencias centrales espacios de aplicación en la economía civil productora de bienes y servicios de consumo y producción.

La experiencia de los años 1930, como lo demostraba Oakes, señalaba que ni las obras públicas del *New Deal* de Roosevelt en EU, ni la construcción de autopistas en la Alemania nazi, habían conseguido una significativa recuperación de la economía y el empleo: sólo la puesta

en marcha de la economía de guerra, en Alemania primero y desde 1940 en EU, había logrado dichos objetivos.⁶

En el caso alemán la carrera armamentista terminó con una derrota catastrófica, en el caso estadounidense la victoria no llevó a la reducción del sistema militar-industrial sino a su expansión.

Al reducirse los efectos de la guerra, la economía de EU comenzó a enfriarse y el peligro de recesión asomó su rostro, pero el inicio de la Guerra fría y luego la guerra de Corea (1950) alejaron al fantasma abriendo un nuevo ciclo de gastos militares.

En octubre de 1949 el profesor de la Universidad de Harvard Summer Slichter, de gran prestigio en ese momento, señalaba ante una convención de banqueros: “[La Guerra Fría] incrementa la demanda de bienes, ayuda a mantener un alto nivel de empleo, acelera el progreso tecnológico, todo lo cual mejora el nivel de vida en nuestro país... en consecuencia nosotros deberíamos agradecer a los rusos por su contribución para que el capitalismo funcione mejor que nunca en EU”. Hacia 1954 aparecía la siguiente afirmación en la revista *U.S. News & World Report*: “¿Qué significa para el mundo de los negocios la Bomba H?: un largo periodo de grandes ventas que se incrementarán en los próximos años. Podríamos concluir con esta afirmación: la bomba H ha arrojado a la recesión por la ventana”.⁷

Como lo señalaba a comienzos de los años 1950 T. N. Vance, uno de los teóricos de la “economía de la guerra permanente”, EU había ingresado en una sucesión de guerras que definían de manera irreversible las grandes orientaciones de la sociedad, después de la guerra de Corea sólo cabía esperar nuevas guerras.⁸

En su texto fundacional de la teoría, Walter Oakes realizaba dos pronósticos decisivos: la inevitabilidad de una tercera guerra mundial que ubicaba hacia 1960 y el empobrecimiento de los trabajadores estadounidenses desde fines de los años 1940, provocada por la dinámica de concentración de ingresos motorizada por el complejo militar-industrial.⁹

Podemos, en principio, considerar desacertados dichos pronósticos. No se produjo la tercera guerra mundial aunque se consolidó la Guerra Fría, que mantuvo la ola militarista durante más de cuatro décadas, atravesada por dos grandes guerras regionales (Corea y Vietnam) y una densa serie de pequeñas y medianas intervenciones imperiales directas e indirectas. Cuando se esfumó la Guerra Fría, luego de un breve intermedio en los años 1990, la guerra universal del Imperio prosiguió contra nuevos “enemigos” que justificaban su desarrollo (“guerras humanitarias”, “guerra global contra el terrorismo”, etcétera): la oferta de servicios militares, el “aparato militarista” y las áreas asociadas al mismo creaban, inventaban, su propia demanda.

Tampoco se precipitó el empobrecimiento de las clases bajas de EU; por el contrario, la redistribución keynesiana de ingresos se mantuvo hasta los años 1970, el nivel de vida de los trabajadores y las clases medias mejoró sustancialmente, funcionó la interacción positiva entre militarismo y prosperidad general. A eso contribuyeron varios factores, entre ellos la explotación de la periferia ampliada gracias a la emergencia de EU como superpotencia mundial apuntalada por su aparato militar, el restablecimiento de las potencias capitalistas afectadas por la guerra (Japón, Europa Occidental) que en la nueva era se encontraban estrechamente asociadas a EU y el enorme efecto multiplicador a nivel interno de los gastos militares sobre el consumo, el empleo y la innovación tecnológica. Algunos de estos factores, subestimados por Oakes, habían sido señalados a mediados de los años 1960 por Sweezy y Baran.¹⁰

Sin embargo la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca (1980) marcó una ruptura en la tendencia (aunque ya desde los años 1970 habían aparecido los primeros síntomas de la enfermedad), y se inició un proceso de concentración de ingresos que fue avanzando cada vez más rápido en las décadas posteriores.

Entre 1950 y 1980 el 1% más rico de la población de EU absorbía cerca del 10% del Ingreso Nacional (entre 1968 y 1978 se mantuvo por debajo de esa cifra) pero a partir de comienzos de los años 1980 esa participación fue ascendiendo, hacia 1990 llegaba a 15% y cerca de 2009 se aproximaba a 25%.

Por su parte, el 10% más rico absorbía 33% del Ingreso Nacional en 1950, manteniéndose siempre por debajo del 35% hasta fines de los años 1970, pero en 1990 ya llegaba a 40% y en 2007 a 50%.¹¹

El salario horario promedio fue ascendiendo en términos reales desde los años 1940 hasta comienzos de 1970

⁶ Walter J., Oakes, “Towards a Permanent War Economy?”, en *Politics*, february, 1944.

⁷ Ambas citas aparecen en el texto de John Bellamy Foster, Hannah Holleman y Robert W. McChesney, “The U.S. Imperial Triangle and Military Spending”, en *Monthly Review*, october 2008.

⁸ T. N. Vance, “After Korea What? An Economic Interpretation of U.S. Perspectives”, en *New Internationalist*, November-December, 1950. T. N. Vance, “The Permanent Arms Economy”, en *New Internationalist*, 1951.

⁹ Walter J., Oakes, artículo citado.

¹⁰ Paul Sweezy & Paul Baran, *op. cit.*

¹¹ Thomas Piketty & Emmanuel Saez, “Top Incomes and the Great Recession: Recent Evolutions and Policy Implications”, en *13th Jacques Polak Annual Research Conference*, Washington, DC, november 8-9, 2012.

que comenzó a descender y, un cuarto de siglo más tarde, había bajado en casi 20%.¹² A partir de la crisis de 2007-2008, con el rápido aumento de la desocupación, se aceleró la concentración de ingresos y la caída salarial: algunos autores utilizan el término “implosión salarial”.¹³

Una buena expresión del deterioro social es el aumento de los estadounidenses que reciben bonos de ayuda alimentaria (*food stamps*). Dicha población indigente llegaba a casi 3 millones en 1969 (en plena prosperidad keynesiana), subió a 21 millones en 1980, a 25 millones en 1995 y a 47 millones en 2012.¹⁴

Mientras tanto los gastos militares no dejaron de crecer, impulsados por sucesivas olas belicistas incluidas en el primer gran ciclo de la Guerra Fría (1946-1991) y en el segundo ciclo de la “guerra contra el terrorismo” y las “guerras humanitarias” desde fines de los años 1990 hasta el presente (guerra de Corea, guerra de Vietnam, “guerra de las Galaxias” de la era Reagan, guerra de Kosovo, guerras de Irak y Afganistán, etcétera).

Luego de la Segunda Guerra Mundial podemos establecer dos periodos bien diferenciados en la relación entre gastos públicos y crecimiento económico (y del empleo) en EU. El primero abarca desde mediados de 1940 hasta fines de los años 1960 donde los gastos públicos crecen y las tasas de crecimiento económico se mantienen en un nivel elevado; son los años dorados del keynesianismo militar.

Le sigue un periodo donde los gastos públicos continúan subiendo tendencialmente pero las tasas de crecimiento económico oscilan en torno de una línea descendente, marcando la decadencia y fin del keynesianismo: el efecto multiplicador positivo del gasto público declina inexorablemente hasta llegar al dilema sin solución, evidente en estos últimos años de crecimientos económicos anémicos donde una reducción del gasto estatal tendría fuertes efectos recesivos mientras que su incremento posible (cada vez menos viable) no mejora de manera significativa la situación.

Así como el “éxito” histórico del capitalismo liberal en el siglo XIX produjo las condiciones de su crisis, su

superador keynesiano también generó los factores de su posterior decadencia.

La marcha exitosa del capitalismo liberal concluyó con una gigantesca crisis de sobreproducción y sobreacumulación de capitales que desató rivalidades interimperialistas, militarismo y estalló bajo la forma de Primera Guerra Mundial (1914-1918). La “solución” consistió en la expansión del Estado, en especial su estructura militar, Alemania y Japón fueron los pioneros.

La transición turbulenta entre el viejo y el nuevo sistema duró cerca de tres décadas (1914-1945) y de ella emergió EU como única superpotencia capitalista integrando estratégicamente a su esfera de dominación a las otras grandes economías del sistema. El keynesianismo militar estadounidense apareció entonces en el centro dominante de EU: el centro del mundo capitalista. Vance señalaba que “con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial EU y el capitalismo mundial entraron en la nueva era de la Economía de la Guerra Permanente”.¹⁵ Fue así si lo entendemos como victoria definitiva del nuevo sistema precedida por una compleja etapa preparatoria iniciada en la segunda década del siglo XX.

Su génesis está marcada por el nazismo, primer ensayo exitoso-catastrófico de “keynesianismo militar”: su trama ideológica, que lleva hasta el límite más extremo el delirio de la supremacía occidental, sigue aportando ideas a las formas imperialistas más radicales de Occidente, como los halcones de George W. Bush o los sionistas neonazis del siglo XXI. Por otra parte, estudios rigurosos del fenómeno nazi descubren no sólo sus raíces europeas (fascismo italiano, nacionalismo francés, etcétera) sino también norteamericanas.¹⁶ Aunque luego de la guerra el triunfo de la economía militarizada en EU asumió un rostro “civil” y “democrático”, ocultando sus fundamentos bélicos.

La decadencia del keynesianismo militar encuentra una primera explicación en su hipertrofia e integración con un espacio parasitario imperial más amplio donde la trama financiera ocupa un lugar decisivo. En una primera etapa el aparato industrial-militar y su entorno se expandieron convirtiendo al gasto estatal en empleos directos e indirectos, en transferencias tecnológicas dinamizadoras del sector privado, en garantía blindada de los negocios imperialistas externos, etcétera. Pero con el correr del tiempo, con el ascenso de la prosperidad imperial, incentivó y fue incentivado por una multiplicidad de formas sociales que parasitaban sobre el resto del mundo al mismo tiempo que tomaban cada vez mayor peso interno.

Además, el continuo crecimiento económico terminó provocando saturaciones de mercados locales, acumulaciones crecientes de capital, concentración empresarial y de ingresos. El capitalismo estadounidense y global se encaminaba, hacia fines de los años 1960, a una gran crisis

¹² U. S. Bureau of Labor Statistics.

¹³ Lawrence Mishel and Heidi, “The Wage Implosion”, en *Economic Policy Institute*, June 3, 2009.

¹⁴ FRAC, Food Research and Action Center-SNAP/SNAP/Food Stamp Participation.

¹⁵ T. N., Vance, “The Permanent War Economy”, en *New International*, vol 17, Nº 1, January-February, 1951.

¹⁶ Doménico Losurdo, “Las raíces norteamericanas del nazismo”, en *Enfoques Alternativos*, nº 27, octubre, Buenos Aires, 2006.

de sobreproducción que provocó las primeras perturbaciones importantes bajo la forma de crisis monetarias (crisis de la libra esterlina, fin del patrón dólar-oro en 1971), luego energéticas (*shocks* petroleros de 1973-74 y 1979) atravesadas por desajustes inflacionarios y recessivos (*estanflación*).

En las décadas siguientes la crisis no fue superada sino amortiguada, postergada a través de la superexplotación y el saqueo de la periferia, la financierización, los gastos militares, etcétera. Todo ello no reinstaló el dinamismo de la posguerra pero impidió el derrumbe, suavizó la enfermedad agravándola a largo plazo.

La tasa de crecimiento real de la economía estadounidense fue recorriendo de manera irregular una línea descendente y en consecuencia sus gastos improductivos crecientes fueron cada vez menos respaldados por la recaudación tributaria. Y al déficit fiscal se le sumó el déficit del comercio exterior perpetuado por la pérdida de competitividad global de la industria.

El Imperio se fue convirtiendo en un mega parásito mundial, acumuló deudas públicas y privadas ingresando en un círculo vicioso ya visto en otros imperios decadentes; el parasitismo degrada al parásito, lo hace más y más dependiente del resto del mundo, lo que exacerba su intervencionismo global, su agresividad militar.

El mundo es demasiado grande desde el punto de vista de sus recursos concretos (financieros, militares, etcétera) pero el logro del objetivo históricamente imposible de dominación global es su única posibilidad de salvación como Imperio. Los gastos militares y el parasitismo en general aumentan, los déficits crecen, la economía se estanca, la estructura social interna se deteriora... lo que Paul Kennedy definía como “*excesiva extensión imperial*”¹⁷ es un hecho objetivo determinado por las necesidades imperiales que opera como una trampa histórica de la que el Imperio no puede salir.

Gastos militares

Los gastos militares de EU aparecen subestimados en las estadísticas oficiales. En 2012 los gastos del Departamento de Defensa llegaron a unos 700 mil millones de dólares, si a los mismos se les adicionan los gastos militares que aparecen integrados (diluidos) en otras áreas del Presupuesto (Departamento de Estado, USAID, Departamento de Energía, CIA y otras agencias de seguridad, pagos de intereses, etcétera) se llegaría a una cifra cercana a los 1.3 billones (millones de millones) de dólares.¹⁸ Esa cifra equivale a casi 9% del Producto Interno Bruto, a 50% de los ingresos fiscales previstos y a 100% del déficit fiscal.

Esos gastos militares reales representaron casi 60% de los gastos militares globales aunque si les sumamos los de

sus socios de la OTAN y de algunos países vasallos extra-OTAN como Arabia Saudita, Israel o Australia se llegaría como mínimo a 75%.¹⁹

A partir del gran impulso inicial en la Segunda Guerra Mundial y el descenso en la inmediata posguerra los gastos militares reales estadounidenses oscilaron en torno de una tendencia ascendente atravesando cuatro grandes olas belicistas: la guerra de Corea a comienzos de los años 1950, la guerra de Vietnam desde los años 1960 hasta mediados de 1970, la “*guerra de las galaxias*” de la era Reagan en los años 1980 y las guerras “humanitarias” y “contra el terrorismo” de la posguerra fría.

El keynesianismo militar del Imperio ha quedado en el pasado, pero la idea de que guerra externa y prosperidad interna van de la mano sigue dominando el imaginario de vastos sectores sociales en EU, son restos ideológicos sin base real en el presente pero útiles para la legitimación de las aventuras bélicas.

Néstor Kirchner, ex presidente de Argentina, reveló en una entrevista con el director Oliver Stone para su documental *South of the Border*, que el ex presidente de EU George W. Bush estaba convencido de que la guerra era la manera de hacer crecer la economía de EU. El encuentro entre ambos presidentes se produjo en una cumbre en Monterrey, México, en enero de 2004, y la versión del presidente argentino es la siguiente: “*Yo dije que la solución a los problemas en este momento, le dije a Bush, es un Plan Marshall. Y él se enojó. Dijo que el Plan Marshall es una idea loca de los demócratas y que la mejor forma de revitalizar la economía es la guerra. Y que EU se ha fortalecido con la guerra*”.²⁰

Recientemente Peter Schiff, presidente de la consultora financiera *Euro Pacific Capital* escribió un texto delirante, ampliamente difundido por las publicaciones especializadas cuyo título lo dice todo. “¿Por qué no otra Guerra mundial?”²¹ Comienza su artículo señalando el consenso entre los economistas de que la Segunda Guerra Mundial permitió a EU superar la Gran Depresión y que si

¹⁷ Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989.

¹⁸ Chris Hellman, “\$1,2 Trillion: The Real U.S. National Security Budget No One Wants You to Know About”, en *Alert Net*, march 1, 2011.

¹⁹ SIPRI, Banco Mundial y cálculos propios.

²⁰ El video de la entrevista Kirchner-Stone publicado por *Informed Comment*/Juan Cole está localizado en: angrily-said-war-would-grow-us-economy.html&ei=BYYCUYcN4P88QSX3oGACA

²¹ Peter D. Schiff, “Why Not Another World War?”, en *Financial Sense*, 19 jul., 2010.

las guerras de Irak y Afganistán no consiguieron reactivar de manera durable a la economía estadounidense se debe a que “*dichos conflictos son demasiado pequeños para ser económicamente importantes*”.

Si enfocamos el análisis en la relación entre gastos militares, PIB y empleo constataríamos lo siguiente: los gastos militares pasaron de 2.800 millones de dólares en 1940 a 91 mil millones en 1944 lo que impulsó al Producto Interno Bruto nominal de 101 mil millones de dólares en 1940 a 214 mil millones en 1944 (se duplicó en sólo cuatro años), la tasa de desocupación apenas bajó de 9% en 1939 a 8% en 1940 pero en 1944 había caído a 0.7%, el primer salto importante en los gastos militares se produjo entre 1940 y 1941 cuando pasaron de 2.800 millones de dólares a 12,700 millones equivalentes a 10% del PIB²², proporción bastante parecida a la de 2012 (\$1.3 billones, aproximadamente 9% del PIB). Esto significa que el gasto militar de 1944 equivalía a unas siete veces el de 1941. Si trasladamos ese salto a cifras actuales eso significa que el gasto militar real de EU debería llegar en 2015 a unos 9 billones (millones de millones) de dólares equivalentes, por ejemplo, a siete veces el déficit fiscal de 2012.

La sucesión de saltos en el gasto público, entre 2012 y 2015, acumularía una gigantesca masa de déficits que ni el ahorro de EU ni el del resto del mundo estaría en condiciones de cubrir comprando títulos de deuda de un imperio enloquecido.

Schift recuerda en su texto que, durante la Segunda Guerra Mundial, EU compró 186 mil millones de dólares en bonos de deuda pública, equivalentes a 75% de la totalidad de gastos del gobierno federal entre 1941 y 1945, concluyendo que esa “proeza” es hoy imposible. Simplemente, nos explica Schift llevando al extremo su razonamiento siniestro, no hay de dónde obtener el dinero necesario para poner en marcha una estrategia militar-reactivadora similar a la de 1940-45.

En realidad, esa imposibilidad es mucho más fuerte. La economía de EU de 1940 estaba dominada por componentes productivos, principalmente industriales, actualmente el consumismo, toda clase de servicios parasitarios (empezando por la maraña financiera), la decadencia generalizada de la cultura de producción, etcétera; éstos

nos indican que ni aun aplicando una inyección de gastos públicos equivalente a la de 1940-45 se podría lograr una reactivación de esa envergadura. El parásito es demasiado grande, su senilidad está muy avanzada, no hay ninguna medicina keynesiana que lo pueda curar o que por lo menos sea capaz de restablecer una parte significativa de su vigor juvenil.

Privatización, informalización y elitización. Lumpen-imperialismo

La guerra asiática, la más ambiciosa en la historia de EU, fracasó tanto desde el ángulo político-militar como del económico. La estrategia de dominación de la franja territorial que va desde los Balcanes hasta Pakistán, pasando por Turquía, Siria, Irak, Irán y las ex repúblicas soviéticas de Asia central, se encuentra hoy empantanada. Sin embargo, su desarrollo permitió transformar el dispositivo militar del Imperio convirtiendo su maquinaria de guerra tradicional en un sistema flexible a medio camino entre las estructuras formales regidas por la disciplina militar convencional y las informales agrupando una maraña confusa de núcleos operativos oficiales y bandas de mercenarios.

El proceso de integración de mercenarios a las operaciones militares tiene antecedentes en los tramos finales de la Guerra Fría, la organización de los “contras” en Nicaragua y de los “muyahidines” en Afganistán (1970 y 1980), pueden ser consideradas como los primeros pasos de las nuevas estrategias de intervención. Decenas de miles de mercenarios fueron en esos casos entrenados, armados y financiados con resultados exitosos para el Imperio.

Según diversos estudios sobre el tema, EU y Arabia Saudita gastaron unos 40 mil millones de dólares en las operaciones afganas (donde comenzó su carrera internacional el por entonces joven ingeniero Osama Bin Laden) asestando un golpe decisivo a la URSS.²³ Otro paso importante fueron las guerras étnicas en Yugoslavia durante los años 1990, donde EU y sus aliados de la OTAN, principalmente Alemania, desarrollaron una compleja tarea de desintegración de ese país, cuyo éxito se apoyó en la utilización de mercenarios, el caso más notorio fue el de guerra de Kosovo donde se destacó el ELK (Ejército de Liberación de Kosovo) cuyos integrantes eran principalmente reclutados desde redes mafiosas (tráfico de drogas, etcétera) bajo el mando directo de la CIA extendiendo sus lazos hasta el ISI (Servicio de Inteligencia de Pakistán). Actualmente, el “estado” kosovar “independiente” aparece vinculado con la intervención de la OTAN en Siria. En junio de 2012 el ministro de relaciones exteriores de Rusia exigía el cese de las operaciones de desestabilización de Siria realizadas desde Kosovo.²⁴

²² T. N., Vance, artículo citado, 1950.

²³ Hiro Dilip, “The Cost of an Afghan ‘Victory’”, en *The Nation*, february 15, 1999.

²⁴ Una delegación de la oposición siria viajó a Kosovo, en abril de 2012, para la firma oficial de un acuerdo de intercambio de experiencias en materia de guerrilla antigubernamental. *Red Voltaire*, “Protesta Rusia contra entrenamiento de provocadores sirios en Kosovo”, 6 de junio, 2012.

Estas nuevas prácticas de intervención fueron acompañadas por un denso proceso de reflexión de los estrategias imperiales disparado por la derrota en Vietnam. La “Guerra de baja intensidad” fue uno de sus resultados y las teorizaciones en torno de la llamada “Guerra de cuarta generación (4GW)” consolidaron la nueva doctrina en cuyo papel fundacional (1989) redactado por William Lind y tres miembros de las fuerzas armadas de EU y publicado en el *Marine Corps Gazette*²⁵ son borradas las fronteras entre las áreas civil y militar: toda la sociedad enemiga, en especial su identidad cultural, pasa a ser el objetivo de la guerra.

La nueva guerra es definida como descentralizada, poniendo el énfasis en la utilización de fuerzas militares “no estatales” (es decir paramilitares), empleando tácticas de desgaste propias de las guerrillas, etc. A ello se agrega el empleo intenso del sistema mediático tanto focalizado contra la sociedad enemiga como abarcando a la llamada “opinión pública global” (el pueblo enemigo es al mismo tiempo atacado psicológicamente y aislado del mundo) combinado con acciones de guerra de alto nivel tecnológico. En este último caso se trata de aprovechar la gigantesca brecha tecnológica existente entre el imperio y la periferia para golpearla sin peligro de respuesta, es lo que los especialistas denominan confrontación asimétrica “*high-tech/no-tech*”.

Las estadísticas oficiales referidas a los mercenarios son por lo general confusas y parciales, de todos modos algunos datos provenientes de fuentes gubernamentales, civiles o militares, pueden ilustrarnos acerca de la magnitud del fenómeno. En primer lugar el rol del Departamento de Defensa, principal contratista de mercenarios; su presupuesto destinado a esos gastos se incrementó en cerca de 100% entre el 2000 y el 2005 empleando modalidades propias de las grandes empresas transnacionales como la tercerización y la relocalización de actividades, lo que ha producido un gigantesco universo en expansión de negocios privados consagrados a la guerra... financiados por el Estado y generadores de intrincados entramados de corrupciones y corruptelas.²⁶

El llamado “Mando Central” militar de EU (US CENTCOM) dio a conocer recientemente algunos datos significativos: los mercenarios contratados reconocidos en el área de Medio Oriente-Asia Central llegarían a unos 137 mil trabajando directamente para el Pentágono, de ese total sólo unos 40 mil serían ciudadanos estadounidenses. Aunque según datos del Departamento de Defensa sumando los datos de Afganistán e Irak estarían en el terreno unos 175 mil soldados regulares y 190 mil mercenarios: 52% del total.²⁷

A estas cifras debemos agregar en primer lugar a los mercenarios contratados por otras áreas del gobierno estadounidense, como el Departamento de Estado y luego los contratos en zonas del mundo como África, donde el

AFRICOM (mando militar estadounidense en ese continente) ha incrementado exponencialmente sus actividades durante el último lustro, y luego debemos incorporar a los mercenarios actuando bajo el mando estratégico estadounidense pero contratados por países vasallos como las petromonarquías del Golfo Pérsico visible en los casos de Libia y Siria.

Deben ser también incluidos los mercenarios operando en otras regiones de Asia y en América Latina. Pero la cuenta no termina allí, ya que a ese universo es necesario agregar las redes mafiosas y/o paramilitares agrupando en todos los continentes a un “personal disponible” que se autofinancia gracias a actividades ilegales (drogas, prostitución, etcétera) protegidas por diversas agencias de seguridad estadounidenses como la DEA o bien que integra “agencias de seguridad privada”, muy notorias por ejemplo en América Latina, legalmente establecidas en los países periféricos y estrechamente vinculadas a agencias privadas estadounidenses y a la DEA, la CIA y otros organismos de inteligencia del Imperio.

Y la lista sigue... recientemente apareció publicada en el *Washington Post* una investigación referida a la “América ultra secreta” (Top Secret America) de las agencias de seguridad que informa acerca de la existencia actual de 3,202 agencias de seguridad (1,271 públicas y 1,931 privadas) empleando a unas 854 mil personas trabajando en temas de “antiterrorismo”, seguridad interior e inteligencia en general, instaladas en unos 10 mil domicilios en el territorio de EU.²⁸

Con la suma de las distintas cifras mencionadas, y evaluando datos ocultos, algunos expertos adelantan un total aproximado global (dentro y fuera del territorio de EU) cercano al millón de personas combatiendo en la periferia, haciendo espionaje, desarrollando manipulaciones mediáticas, activando “redes sociales”, etcétera. Comparemos, por ejemplo, ese dato con las aproximadamente 1 millón 400 mil personas que conforman el sistema militar público del Imperio.

Por su parte las tropas regulares han sufrido un rápido proceso de informalización, de ruptura respecto de las normas militares convencionales, conformando comandos

²⁵ William S. Lind, Colonel Keith Nightengale (USA), Captain John F. Schmitt (USMC), Colonel Joseph W. Sutton (USA) and Lieutenant Colonel Gary I. Wilson (USMCR), “The Changing Face of War: Into the Fourth Generation”, en *Marine Corps Gazette*, October, 1989.

²⁶ David Isenberg, “Contractors and the US Military Empire”, en *Rise of the Right*, aug 14th, 2012.

²⁷ David Isenberg, “Contractors in War Zones: Not Exactly Contracting”, en *Time U. S.*, oct. 09, 2012.

²⁸ Dana Priest and William M. Arkin, “Top Secret America. A hidden world, growing beyond control”, en *The Washington Post*, July 19, 2010.

de intervención inscritos en una dinámica abiertamente criminal. Es el caso del llamado Comando Conjunto de Operaciones Especiales o JSOC (*Joint Special Operations Command*). Comando conjunto secreto en línea de mandos directa con el Presidente y el Secretario de Defensa con autoridad para elaborar su lista de asesinatos, tiene su propia división de inteligencia, su flota de drones y aviones de reconocimiento, sus satélites e incluso sus grupos de ciber-guerreros capaces de atacar redes de internet.

Dispone de numerosas unidades operativas. Creado en 1980 quedó sepultado por su estrepitoso fracaso en Irán cuando trató de rescatar al personal de la embajada estadounidense en Teherán, fue resucitado recientemente. En 2001 disponía de unos 1,800 miembros, actualmente llegarían a 25 mil; en los últimos tiempos ha realizado operaciones letales en Irak, Pakistán, Afganistán, Siria, Libia y muy probablemente en México y Colombia, entre otros. Se trata de un agrupamiento de “escuadrones de la muerte” de alcance global, autorizado para realizar toda clase de operaciones ilegales, desde asesinatos individuales o masivos, hasta sabotajes, intervenciones propias de la guerra psicológica, etcétera. En septiembre de 2003 Donald Rumsfeld había dictado una resolución colocando al JSOC en el centro la estrategia “antiterrorista” global y desde entonces su importancia ha ido en ascenso pasando hoy a ser, bajo la presidencia del premio nobel de la paz Barak Obama, una suerte de ejército clandestino de claro perfil criminal bajo la órdenes directas del Presidente.²⁹

Las fuerzas de intervención de EU tienen ahora un sesgo claramente privado-clandestino. En plena “guerra de cuarta generación” funcionan cada vez más al margen de los códigos militares y las convenciones internacionales. Un reciente artículo de Andrew Bacevich describe las etapas de esa mutación durante la década pasada que culminan actualmente en lo que el autor denomina “era Wickers” (actual subsecretario de inteligencia del Departamento de Defensa) focalizada en la eliminación física de “enemigos”, el uso dominante de mercenarios, de campañas mediáticas,

redes sociales, todo ello destinado a desestructurar organizaciones y sociedades consideradas hostiles.

A comienzos del año pasado, la entonces Secretaria de Estado, Hillary Clinton, pronunció una frase que no requiere mayores explicaciones: “EU se reserva el derecho de atacar en cualquier lugar del mundo a todo aquello que sea considerado como una amenaza directa para su seguridad nacional”.³⁰

Si sumamos a esta orientación mercenaria-gangsteril del Imperio otros aspectos como la financierización integral de su economía dominada por el cortoplacismo, su desintegración social interna con acumulación acelerada de marginales, con una población total que representa 5% de la mundial pero con una masa de presos equivalentes a 25% del total de personas encarceladas en el planeta, etcétera, llegaríamos a la conclusión de que estamos en presencia de una suerte de *lumpen imperialismo* completamente dominado por intereses parasitarios embarcado en una lógica destructiva de su entorno que al mismo tiempo va degradando sus bases de sustentación interna.³¹

La ilusión del metacontrol del caos

Podríamos establecer la convergencia entre la hipótesis de la *economía de guerra permanente* y la del *keynesianismo militar*, este último expresó la primera etapa del fenómeno (aproximadamente entre 1940 y 1970). Fueron los años de la prosperidad imperial cuyos últimos logros ya mezclados con claros síntomas de crisis se prologaron hasta el final de la Guerra Fría. A esa etapa floreciente le sigue una segunda poskeynesiana caracterizada por la dominación financiera, la concentración de ingresos, el desinfe salarial, la marginalización social y la degradación cultural en general, donde el aparato militar opera como un acelerador de la decadencia provocando déficits fiscales y endeudamientos públicos.

La opción por la privatización de la guerra aparece como una respuesta “eficaz” a la declinación del espíritu de combate de la población (dificultades crecientes en el reclutamiento forzado de ciudadanos a partir de la derrota de Vietnam). Sin embargo el remplazo del ciudadano-soldado por el soldado-mercenario o la presencia decisiva de este último termina tarde o temprano por provocar serios daños en el funcionamiento de las estructuras militares: no es lo mismo administrar a ciudadanos normales que a una masa de delincuentes.

Cuando el lumpen, los bandidos, predominan en un ejército, éste se convierte en un ejército de bandidos y un ejército de bandidos ya no es un ejército. El potencial disociador de los mercenarios es a largo plazo de casi imposible control y su falencias en el combate no pueden ser compensadas sino muy parcialmente por despliegues tecnológicos sumamente costosos y de resultado incierto.

²⁹ Dana Priest and William M. Arkin, “Top Secret America, A look at the military’s Joint Special Operations Command”, en *The Washington Post*, september 2, 2011.

³⁰ Andrew Bacevich, “Uncle Sam, Global Gangster”, en *TomDispatch.com*, february 19, 2012.

³¹ Narciso Isa Conde, “Estados neoliberales y delincuentes”, en *Aporrea*, 20 de enero, 2008, <http://www.aporrea.org/tiburon/a49620.html> Karen DeYoung and Karin Brulliard, “As U.S.-Pakistani relations sink, nations try to figure out ‘a new normal’”, en *The Washington Post* /National Security, january 16, 2012.

La conformación de fuerzas clandestinas no-mercenarias de elite, respaldadas por un aparato tecnológico sofisticado capaz de descargar golpes puntuales demoleedores contra el enemigo, como es el caso del *JSOC*, son buenos instrumentos terroristas pero no reemplazan las funciones de un ejército de ocupación y a mediano plazo (muchas veces a corto plazo) y terminan por fortalecer el espíritu de resistencia del enemigo.

Podríamos sintetizar de manera caricatural a la nueva estrategia militar del Imperio a partir del predominio de diversas formas de “*guerra informal*” combinando mercenarios (muchos mercenarios) con escuadrones de la muerte (tipo *JSOC*), bombardeos masivos, drones, control mediático global, asesinatos tecnológicamente sofisticados de dirigentes periféricos. La guerra se elitiza, se transforma en un conjunto de operaciones mafiosas, se aleja físicamente de la población estadounidense y su cúpula dominante empieza a percibirla como un juego virtual dirigido por gangsters.

Por otra parte, la adopción de estructuras mercenarias y clandestinas de intervención externa como forma dominante tiene efectos contraproducentes para el sistema institucional del imperio tanto desde el punto de vista del control administrativo de las operaciones como de las modificaciones (y de la degradación) en las relaciones internas de poder. El comportamiento gansteril y la mentalidad mafiosa terminan por apoderarse de los altos mandos civiles y militares y se traduce al comienzo en acciones externas, periféricas y más adelante (rápidamente) en ajustes de cuentas, en conductas habituales al interior del sistema de poder.

El horizonte objetivo (más allá de los discursos y convicciones oficiales) de la “*nueva estrategia*” no es el establecimiento de sólidos regímenes vasallos, ni la instalación de ocupaciones militares duraderas controlando territorios de manera directa sino más bien desestabilizar, quebrar estructuras sociales, identidades culturales, degradar o eliminar dirigentes; las experiencias de Irak y Afganistán (y México) y más recientemente las de Libia y Siria confirman esta hipótesis.

Se trata de la *estrategia del caos periférico*, de la transformación de naciones y regiones más amplias en áreas desintegradas, balcanizadas, con estados-fantasmas, clases sociales (altas, medias y bajas) profundamente degradadas sin capacidad de defensa, de resistencia ante los poderes políticos y económicos de Occidente que podrían así depredar impunemente sus recursos naturales, mercados y recursos humanos (residuales).

Este imperialismo tanático del siglo XXI se corresponde con tendencias desintegradoras en las sociedades capitalistas dominantes, en primer lugar la de EU. Esas economías han perdido su potencial de crecimiento. Hacia finales de 2012, luego de un lustro de crisis financiera, os-

cilaban entre el crecimiento anémico (Estados Unidos), el estancamiento girando hacia la recesión (la Unión Europea) y la contracción productiva (Japón).

Los estados, las empresas y los consumidores están aplastados por las deudas, la suma de deudas públicas y privadas representan más de 500% del Producto Interno Bruto Interno en Japón e Inglaterra y más de 300% en Alemania, Francia y EU, donde el gobierno federal estuvo en 2011 al borde del *default*. Y por encima de deudas y sistemas productivos financierizados existe una masa financiera global equivalente a unas veinte veces el Producto Bruto Mundial, motor dinamizador, droga indispensable del sistema que ha dejado de crecer desde hace aproximadamente un lustro y cuyo desinfe tratan de impedir los gobiernos de las potencias centrales.

Se presenta entonces la ilusión de una suerte de metacontrol estratégico desde las grandes alturas, desde las cumbres de Occidente sobre las tierras bajas, periféricas, donde pululan miles de millones de seres humanos cuyas identidades culturales e instituciones son vistas como obstáculos a la depredación. Las elites de Occidente, el imperio colectivo hegemonizado por EU, están cada día más convencidas de que dicha depredación prolongará su vejez, alejará el fantasma de la muerte.

El caos periférico aparece a la vez como el resultado concreto de sus intervenciones militares y financieras (producto de la reproducción decadente de sus sociedades) y como la base de feroces depredaciones. El gigante imperial busca beneficiarse del caos pero termina por introducirlo entre sus propias filas, la destrucción deseada de la periferia no es otra cosa que la autodestrucción del capitalismo como sistema global, su pérdida veloz de racionalidad. La fantasía acerca del metacontrol imperialista del caos periférico expresa una profunda crisis de percepción, la creencia de que los deseos del poderoso se convierten fácilmente en hechos reales, lo virtual y lo real se confunden conformando un enorme pantano psicológico.

En realidad la “*estrategia*” de metacontrol imperial del caos y sus formas operativas concretas la convierten en una maraña de tácticas que tienden a conformar una masa crecientemente incoherente, prisionera del corto plazo. Lo que pretende convertirse en la nueva doctrina militar en un pensamiento estratégico innovador que responde a la realidad global actual facilitando la dominación imperialista del mundo no es otra cosa que una ilusión desesperada generada por la dinámica de la decadencia. Bajo la apariencia de *ofensiva estratégica* irrumpen los manotazos históricamente defensivos de un sistema cuya cúpula imperial va perdiendo la capacidad de aprehensión de la totalidad real; la razón de Estado se va convirtiendo en un delirio criminal extremadamente peligroso dado el gigantismo tecnológico de los Estados Unidos y sus socios europeos.